

El Capital Social

12-9-2001



Durante la década del 80 se presentó como paradoja la gran prosperidad de Japón, originada en una isla montañosa, densamente poblada y de escasos recursos naturales frente a la disminuida riqueza de nuestro país, poseedor de un amplio territorio, superavitario en alimentos y energía y de escasa población. Las comparaciones de los niveles de educación, grados de urbanismo y otros parámetros de los dos países no explicaban la diferencia de resultados, y se terminó diciendo que Japón estaba poblado por japoneses y la Argentina por argentinos. Y ahí terminó la investigación.

En años recientes se ha despertado un creciente interés por lo que el politólogo Robert Putnam de la Universidad de Harvard llamó "capital social". Su peso en el bienestar social sería superior al de los tradicionales capitales "natural", "industrial" y "humano", siendo este último el grado de educación de la población. El capital social se refiere al grado de confianza, de respeto y de solidaridad que existe entre los individuos de cada sociedad y que se desarrolla en la interacción personal y en las tareas de las organizaciones de voluntarios, las que además sirven para el crecimiento personal y profesional de sus integrantes. Estas pueden ser clubes, institutos técnicos y profesionales, parroquias, coros, peñas, cooperativas, bomberos y, crecientemente en nuestro país, grupos para ayudar a carenciados. Un alto capital social influiría positivamente en el comportamiento y transparencia de las instituciones y gobiernos, en la ética pública y privada, clarificaría ideas, formaría y transmitiría rápidamente la opinión pública y, finalmente, mejoraría la riqueza material de esa sociedad.

Una mirada a nuestra sociedad indica una baja participación en actividades voluntarias, (¿a cuántas organizaciones voluntarias pertenezco y cuánto esfuerzo les dedico?) lo que sumado a instituciones débiles y a administraciones públicas deficientes resultan en la situación argentina de hoy. Y la alta cohesión del tejido social japonés explicaría su éxito. Otro ejemplo son los países anglosajones: en ellos el voluntariado está incorporado en su cultura con resultados evidentes.

Los petroleros forman una comunidad gregaria. El trabajo en yacimientos, plantas y refinerías crea fuertes vínculos personales que suelen luego extenderse a las organizaciones de la industria como el Instituto y sus filiales, el Club del Petróleo, la SPE de Argentina y de Patagonia. Y que se proyectan a la sociedad vía escuelas de tránsito, publicaciones, olimpiadas, becas, apoyos a escuelas y museos, etc. Creemos que este aporte es importante y mayor que el promedio del país, pero aún mejorable.

En este número aparece un artículo sobre Sarmiento, Chubut, ciudad de origen agropecuario y hoy fuertemente influida por la cultura petrolera. Los vecinos han logrado crear un partido municipal, el que dirigido por un ciudadano notable ha elegido 6 de los 10 concejales. Estos 6, a diferencia de los otros 4 pertenecientes a dos partidos políticos tradicionales, donan sus sueldos al Municipio y con ello se han financiado interesantes proyectos: lectura recomendada. ¿Resulta esto de un alto capital social? ¿Hubo influencia de la cohesión de los petroleros para poder escapar al facilismo de dejar las cosas en manos de los punteros políticos locales? ¿Cuánta obra útil se hubiese hecho o pobreza se hubiese paliado en la Argentina si este ejemplo se extendiese a los miles de Municipios del país?

En otro artículo, el Señor Roy Koerner propone instituir en la Argentina un premio a la Ética en los Negocios, siguiendo una exitosa iniciativa que existe en Colorado. ¿Da nuestro capital social espacio para hacerlo? ¿Podemos movilizar las energías para instituirlo aquí o caería la propuesta en un auditorio apático o inseguro?

La crítica situación político-económica argentina ha convencido finalmente a la opinión pública de la pobre calidad, bajo nivel ético y excesivo tamaño de sus clases política y gremial, las que defienden sus privilegios atrincheradas en arcaicas leyes y oscuras prácticas e inmunes -todavía- al sentir de un pueblo falto de canales de presión. La clase empresaria, en cambio, debió aprender durante la década del 90 la dura lección de operar en un ambiente competitivo, una vez terminado el calor de las empresas estatales. Si mil organizaciones voluntarias manifestaran rotunda y repetidamente su exigencia de cambio, distinto sería el resultado: lo que inevitablemente sucederá ya habría sucedido y tendríamos un país mejor y más próspero. Los petroleros somos ciudadanos de significancia, especialmente en el interior del país. Tenemos un capital social y un espíritu de cuerpo templados en las largas y duras tareas de la industria. Pongámoslos a trabajar. Contagiamos a organizaciones locales con ideas y energía. Todos los sectores sanos del país, y son muchos, ganarán con el cambio. Nuestra industria también.

Oscar H. Secco

Presidente

Instituto Argentino del Petróleo y del Gas
osecco@iapg.org.ar